

ALEXIA MARS

¿Y si fuese
tú?



¡Hola! Me llamo Belén y soy una treintañera como otra cualquiera. Estilista, pero de latas de conserva.

Mi cuento comienza tras el colorín colorado. En la última línea del guion de Hollywood, cuando llegan los pañales y las noches en vela.

Soy madre, esposa y santa. Digo yo, porque para soportar a mi jefa hay que serlo. Me gusta mi vida, de verdad. Pero todas las noches espío las redes sociales de Débora Cruz, la mujer del momento, y me hago la misma pregunta: «¿Y si fuese tú?». Su vida parece tan fácil...

¿Puede un deseo cambiarlo todo? ¿Y si después no hay marcha atrás?

Ven, acompáñame, y te susurraré mi historia.

Índice de contenido

Cubierta

¿Y si fuese tú?

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi Garban, porque me ha acompañado en esta historia y, juntos, hemos llegado al final. Que nada, ni nadie, pare tus sueños por imposibles que parezcan.

Capítulo 1

La subida

Muevo la cabeza al son de la música, cojo una lata de pepinillos en conserva y me la acerco a los labios a modo de micrófono, abro la boca y me marco un *playback*. El *rock* invade cada poro de mi piel y el de mis compañeros. Todos bailamos junto a Bon Jovi y su *Livin' On A Prayer*. Me vengo arriba en este punto. Tiro la diadema, pego un salto, lanzo un grito desgarrador que arranca una risa en Sugar y me despeino como una loca. Sugar se pone en pie y me nea su cuerpo como si le hubiese dado un telele y siempre mirando de reojo a la puerta, por si el Basilisco aparece. Llega el estribillo y doy vueltas y saltos.

En este momento soy libre, todos lo somos. Sugar se sube a la silla, abre los brazos y emite varios graznidos descompasados mientras Antonio, el encargado del armamento, coge un rifle descargado y lo convierte en una guitarra. Se pone de rodillas y toca mientras todos lo coreamos.

Este es el mejor momento del día.

La primera canción y la última. La tienda se abre a las diez, pero nosotros llegamos a las ocho para prepararlo todo. Trabajamos en Survivor, un pequeño local dedicado a la supervivencia. Y nuestro jefe, Herman, un alemán afincado en Valencia por amor, no es muy dado a la cháchara. Bueno, ni a la música, ni a las risas, ni a casi nada, en realidad. Nadie habla con nadie durante las horas que pasamos aquí.

De hecho, José María —o Sugar, como le gusta que le llamemos porque dice que es muy dulce—, el genio de la informática, está en la cuerda floja porque ha recibido varias broncas por distraerse.

A mí, la única mujer empleada, se me somete a un examen todos los viernes y he de demostrar que voy avanzando en esta especialidad —armamento y supervivencia— sacando un ocho o más. Cuando hablo de examen es examen, eh. Con una mesa, un folio y la cara agria de Herman mirándome fijamente hasta que termino el cuestionario. ¿Qué por qué aguanto esto? Bueno, pues porque a pesar de lo malo, me encanta mi trabajo.

Soy estilista de latas de conserva y, aunque suene algo ridículo, se me da muy bien. Dejo unos pasillos tan apetecibles, que todos los clientes que entran comprando cosas como pedernales, trampillas o cañas de pescar acaban llevándose una buena provisión de alimentos. Y, por otra parte, tampoco es que haya muchas ofertas de esta profesión para elegir, me aventuraría a decir que pocas o ninguna. Ni siquiera yo conocía el puesto hasta que cinco años atrás vi que lo ofrecían y me apunté. Siempre se me ha dado bien decorar, así que pasé la prueba y aquí sigo. La otra razón es la hipoteca. Y, ahora, con una bebé de nueve meses, como que no es momento de lanzarse a la piscina. Cuando no decoro los estantes, me dedico a las redes sociales de la tienda y llevo la web junto a Manel, un *community manager* en prácticas.

Estaría realmente bien si no fuese por Octavia Rayuela y Pérez, la mujer del jefe. El y del apellido se lo pone ella porque le da notoriedad, según dice. Lo cierto es que Octavia Rayuela es tan complicada como el libro de Cortázar. La apodamos el Basilisco porque destila tanto veneno como el ser mitológico.

Esta es la única hora en la que podemos relacionarnos, así que aprovechamos, aunque siempre hay uno que monta guardia. Hoy es lunes, por lo que Herman vendrá acompa-

ñado de su mujer, quien siempre nos da una nada grata visita al inicio de semana.

Mi *walkie talkie* amarillo, colocado en la cintura, se enciende y la voz de Roberto sale en forma de grito:

—Todos a sus puestos, repito, todos a sus puestos. ¡Llega el Basilisco!

Corremos hacia nuestros lugares de trabajo, apagamos la música y eliminamos cualquier vestigio de vida. Segundos después oímos un motor, se apaga y, a continuación, unos tacones. La puerta se abre y un hombre de unos cincuenta, delgado y vestido de forma deportiva aparece junto a su trajeada mujer.

Ella, como siempre, toma la palabra:

—Buenos días, señores. —Se atusa el moño castaño y se quita las gafas de sol. A mí me ignora.

—Buenos días, Octavia. Herman. —Al saludo de Antonio le sigue el del resto de empleados, incluido el mío. Pasa por mi lado y me sonrío. Su extravagante perfume me marea; esta mujer parece que se bañe en él.

—Querida, ¿cómo estás? —Se acerca y revisa mi trabajo con ojo crítico. Asiente satisfecha.

—Bien. Como siempre. —Como sé que realmente no le interesa, no me explayo.

—¿Seguro? No tienes buena cara.

—Ángela no duerme mucho, todavía es muy pequeña. Nos despierta cada hora y aunque nos turnamos...

—Lo digo para que te maquilles un poquito más —me corta—. Recuerda que estamos cara al público. Hay que dar buena imagen, Belén. Creo que mi corrector te iría de fábula, disimula muy bien las ojeras. Es de L'Oréal, luego te enseño una foto y así te lo compras.

«Pues a ver si te lo aplicas, guapa», replico en mi mente mientras le sonrío tirante.

Asiento.

Llama a Herman y este le da alcance. Le susurra algo en el oído y ambos me miran de forma penetrante; tanto, que

mi estómago se contrae.

—Queremos hablar contigo, Belén. ¿Puedes seguirnos al despacho, por favor? —La petición de Herman me pone los pelos de punta. Quiero gritar, llorar. ¿Van a despedirme? No, por favor.

Le digo que sí con un hilito de voz y arrastro mis pies hacia el fondo del local. Entramos y Octavia cierra la puerta.

—Toma asiento, Belén —me pide mi jefa mientras se quita la americana. Herman se sienta en el borde de su mesa y me encara. Espera a que Octavia tome posición a su lado y fijan los ojos en mí. Dejan pasar un angustioso silencio.

Trago saliva.

—Belén, llevas cinco años aquí.

—Sí... —musito casi sin voz. Tengo la garganta seca.

—Y queríamos hablar contigo de algo sumamente importante.

—Vale —respondo sin saber qué más decir. ¡Me van a despedir, joder!

—Hemos sopesado tu petición del mes pasado y hemos decidido aceptar —declara Herman con ojos chispeantes.

—Vamos a darte ese aumento —lo apoya Octavia con una gran sonrisa y una palmada.

En este punto tengo que coger aire porque mi mente todavía no ha reiniciado. No van a despedirme, van a... ¿Un aumento? ¡¡Por fin!! Poco a poco mis labios van ensanchándose hasta formar la sonrisa más grandiosa de todas. El corazón me late tan deprisa que va a estallarme.

—Aguarda unos minutos. Ahora volvemos —me pide Herman.

Los dos desaparecen por la puerta que da al almacén y me dejan sola. Rápidamente saco el móvil y con manos temblorosas y muy feliz tecleo un mensaje para Adrián, mi marido.

Belén: He conseguido un aumento. Hoy toca celebración.

Adrián: ¿En serio? Enhorabuena, cariño. Te dije que tarde o temprano esos dos se darían cuenta del diamante que tienen a su lado. Estoy muy orgulloso de ti. Nos vemos esta noche y brindamos.

Belén: ¡Qué contenta estoy! No me lo creo.

Adrián: Te lo mereces. Eres la mejor.

Belén: Bueno, cariño, te dejo que ya sabes cómo se pone Herman si sacamos el móvil.

Adrián: Está bien. Te quiero.

Belén: ¡Y yo!

Metó en el bolsillo de mi vaquero el teléfono y espero. La puerta se abre a los pocos segundos y entran. Octavia, que pasa la primera, tiene un sobre en las manos.

—Toma, Belén. —Me lo tiende—. Este mes te lo daremos así y el que viene se sumará a tu fijo mensual.

Cojo el sobre y mis ojos se llenan de lágrimas.

—Muchas gracias a los dos, de verdad. No tengo palabras.

—No hay de qué, mujer. Pero no queremos que te relajes, eh. Sigue apostando por esta empresa y nosotros lo haremos por ti. Venga, ábrelo.

Con manos temblorosas lo despego y extraigo el dinero.

Enmudezco.

Los miro y contemplo el billete sobre mi palma. Parpadeo.

¡Veinte euros! ¡¡¡Veinte putos euros!!! Ese es mi aumento. Unas lágrimas se escapan de mis ojos y Octavia aprieta el brazo de su esposo.

—Ves, te lo dije, Herman. Hay que hacer este tipo de cosas por los nuestros. Mira lo feliz que está Belén con su subida. ¿A que sí, querida?

«¡Que me sujete alguien que yo la mato!», chillaba mi voz interior.

Capítulo 2



La sorpresa

Las horas pasan lentamente después de la maldita reunión con mis jefes. Cada minuto miro el reloj que llevo en la muñeca deseando que llegue la hora de marcharme de aquí. Tengo varios mensajes de Adrián, de mi madre, y otros cuantos de las chicas, pero no estoy con ánimos de contestar a nadie y mucho menos a mis amigas.

Esta tarde hemos quedado y ya estoy pensando en varias excusas para escaquearme. No me apetece verlas y dar explicaciones. La verdad es que me han repetido hasta la saciedad que deje este trabajo, no entienden por qué soporto las cosas del alemán y los desplantes de Octavia, ni siquiera yo lo sé. En días como hoy me apetece coger mis pocas pertenencias, mandarlos a la mierda e irme, pero siempre hay algo que me retiene. El miedo sobre todo. Es difícil empezar de nuevo y más si tienes algo fijo que encima te gusta. Para ellas es más fácil o eso imagino.

Ainhoa es enfermera y le encanta. Vive con su novio desde hace años y está planeando la boda del siglo. Cristina, que también se casa, es la encargada del departamento de Recursos Humanos de una gran ETT. Carolina, mi mejor amiga desde los tres años, trabaja en un centro de estética aunque su sueño es maquillar a famosas, o eso dice. Tiene novio y están buscando un bebé.

Las adoro, pero últimamente me tienen saturada. Nuestras quedadas se centran en banquetes, vestidos de novia, proveedores y cosas infantiles. A veces me pregunto cuándo hemos pasado a un segundo plano. Digo yo que en la vida hay más cosas que el matrimonio y la maternidad, ¿no?

Un viernes me emperré en que saliésemos a cenar y tomásemos unas copas. Estuve todo mi turno pensando en esa quedada que acabó convirtiéndose en un debate sobre el parto natural o programado.

Hay días que tengo ganas de llorar porque me siento mal, quiero mucho a mi marido y a mi hija, pero necesito tener un momento para mí, uno con mis chicas de antes sin hablar del día a día.

Adrián y yo nos casamos hace tres años y fue algo muy sencillo, una firma en el juzgado y una comida con la gente más íntima en el chalé de mis padres. En realidad era el preludio al gran enlace, pero después transcurrió el tiempo y los ahorros menguaron, y al final desistimos de la idea. No necesito una gran boda, la verdad, porque soy feliz como estoy, pero a veces, cuando no paran de hablar del tema pienso en lo que no fue y me vengo abajo. Yo quiero que ellas disfruten, que tengan lo que han soñado y apoyarlas, pero desearía que no siempre hablasen del tema, a todas horas, porque echo de menos cómo éramos antes. Solo cuatro amigas que quedaban para reír, bailar y destripar a sus jefes. Supongo que es lo que tiene la edad...

De pronto pienso en Débora Cruz y entro en su Instagram aprovechando que Octavia y Herman están en el al-

macén con Antonio. Localizo una imagen y sonrío. Sale junto a sus amigas, en una fiesta, con una copa en la mano y se las ve muy contentas. Me pregunto si ellas también hablan de hipotecas, bebés y bodas. No parecen tener preocupaciones nunca. Me fijo en el modelito que luce una de ellas y suspiro, pues todavía no me he recuperado del embarazo y sigo con una talla de más.

—¿Otra vez cotilleando a la Cruz?

—¡Sugar, cojones! Qué susto me has dado. —Me pongo una mano en el pecho e intento controlar la agitada respiración mientras lo taladro con los ojos.

—Lo siento. Venía a avisarte de que es la hora.

—Ya. Venga, suéltalo, que nos conocemos.

Sugar es mi mejor amigo aquí. Me encanta como es. Parlanchín y despreocupado. De esas personas que se quieren tal y como son hasta el extremo. Creo que sufre lo que mis amigas y yo denominamos pibonismo máximo. Él se ve *sexy*, arrebatador, y le importan un pepino los kilos de más. Dice que tiene un arma letal a la que ninguna mujer puede resistirse —no, no es eso. Yo también lo pensé en su día—: la risa. Sugar cree que toda mujer puede ser conquistada si te ganas su sonrisa. Y algo de eso será verdad porque el tío tiene el Tinder a reventar.

—Confiesa. ¿Qué te han hecho? Y no lo niegues porque has entrado a ese despacho como si fueses la protagonista de la *Matanza de Texas* y estuvieses a punto de ser descuartizada, y después has salido convertida en un Hulk rabioso.

—Me han dado un aumento.

—Oh. —Asiente y espera porque los conoce bien y sabe que hay gato encerrado.

—De veinte euros.

—Joder.

—Y una charlita sobre apostar por la empresa como ellos lo hacen por nosotros.

Noto la mano de Sugar sobre el hombro y sus ojos compasivos. Él sabe cuánto ansiaba esa subida. Me sonrío con picardía y me guiña un ojo.

—Un día serás una estilista tan famosa que Octavia besará tus pies.

Lanzo una carcajada.

—Bueno, recoge, anda. Que por hoy ya está bien —le ordeno con una sonrisa.

Él se aleja y yo me doy prisa para desaparecer antes de que los jefes salgan porque si no me lían otra hora más y hoy necesito marcharme, llegar a casa, ponerme una copa de vino y tumbarme en el sofá con Adrián a ver una serie de Netflix o a intentarlo porque con Ángela es difícil, pero al menos desaparecer por unas horas. No quiero ver a nadie.

Suelto una despedida precipitada y casi corro hasta mi coche. Mando varios mensajes sin leer ningún grupo e informo sobre lo cansada que estoy y que me voy directa a casa. Alejo el móvil y conduzco.

Adrián me llama y salta el manos libres del coche.

—*Hola, cariño. ¿Ya has salido?*

—*Sí. Voy para allá.*

—*Ah, genial.*

—*¿Cómo está la nena?*

—*Bien, dormida, aunque no creo que aguante mucho. ¿Vas a quedar con las chicas esta tarde?*

—*No, ya les he dicho que voy directa a casa.*

—*Bueno, pues ahora te vemos. Te quiero, ten cuidado.*

—*Vale. Te quiero.*

Adrián está algo raro, pero estoy tan frustrada que paso de darle vueltas. Supongo que tendrá que ver con su trabajo —es fotógrafo— y que ahora me lo contará, así que pongo la música a todo volumen y canto hasta quedar afónica. La mitad de las canciones ni me las sé, pero como deses-tresa mucho, me las invento y hago la pava, sin importarme cómo me miran desde otros coches cada vez que paro en